

## MENSAJE DE VIDA (\*)

POR EL

Dr. JÉRÔME LEJEUNE.

Profesor de Genética Fundamental en la Facultad de Medicina de París.

*Es un heredero que encuentra los  
títulos de su casa. ¿Dirá, tal vez, que  
son falsos y descuidará examinarlos?*

PASCAL.

Lo propio de la vida es animar la materia y esta función se efectúa en el nivel más sutil de la trama del mundo.

¿Acaso no sabemos que la molécula de clorofila, que elabora el verdor de la primavera y alimenta la vida toda con los rayos del sol, reacciona al contacto de un solo grano de luz? Y esas minúsculas máquinas respiratorias, las encimas que destilan la energía a las células, ¿acaso no canalizan, uno a uno, esos granos de electricidad negativa que llamamos electrones?

Este método elemental es, ciertamente, el que siguen los constructores.

El albañil para preparar su mortero, separa en primer lugar la arena de la grava. Para hacerlo, deposita la mezcla sobre una criba

---

(\*) Comunicación remitida al último Sínodo Episcopal el 1.º de octubre de 1974. Texto tomado de la revista *Permanences*, núm. 114, de noviembre de 1974. También ha aparecido en *L'homme Nouveau*, del 6 de octubre, que ha publicado además una edición separada en esta comunicación.

Este himno a la vida viene a confirmar, como subraya *Permanences*, lo que había declarado Jean Fourastié a la salida de la comunicación del doctor Lejeune a la Academia de Ciencias Morales y Políticas del 1 de octubre de 1973: «Tal vez éstas son las primicias de un movimiento que se acentuará y podrá fin a esa larga, dramática e incluso angustiosa separación entre la filosofía y la ciencia, entre la religión y la ciencia y entre la poesía y la ciencia».

que después agita fuertemente. Atraídas por la gravedad, las partículas de arena resbalan entre las mallas mientras que la grava se queda en ellas. Cuando el albañil cesa de agitar su tamiz, el cribado se detiene; pero cuando vuelve a moverlo, la separación continúa.

Así, entre los seres vivos, se eligen las partículas, ya sean moléculas enormes o bien siempre granos de energía. Aquí, las leyes de la gravedad son sustituidas por las afinidades químicas, el vaivén del tamiz por esa vibración que llamamos calor, y las mallas de la criba por la fina estructura de lo vivo.

La inmensa cadena de reacciones químicas que sustenta la vida son como una cascada de cribas sucesivas. Cada una es receptora de otra anterior y distribuidora a las siguientes.

Si detenemos el movimiento, también se detiene la vida.

Con ciertas precauciones de enfriamiento controlado, las células humanas pueden ser conservadas al frío intenso del nitrógeno líquido, incluso muy cerca del cero absoluto. Fijadas, en esta ausencia de agitación molecular, las células no se mueven, no crecen, ni respiran, durante un tiempo indefinido.

¿Acaso están muertas? De ninguna manera, porque basta meterlas en una estufa para verlas en seguida balancearse como antes.

De la misma manera que el albañil renunciaría a su cribado si viera su criba rota, el observador diría que las células han muerto si supiera que ha destruido torpemente su precioso edificio. La definición operativa de la muerte es el abandono de la esperanza.

El principio de vida no es en modo alguno un impulso, porque es posible detenerlo y puesto que se puede reemprender, sino que consiste en un poder persistente de canalizar la energía, mediante una forma que la materia puede efectivamente soportar, pero que por sí misma no podría asumir (1).

---

(1) Por otra parte, nada tiene de sorprendente que ese poder no pueda manifestarse sino en ciertos niveles muy precisos de la energía del ambiente (prácticamente entre 30 y 40 grados centígrados).

Las atmósferas electrónicas que rodean los átomos son muy sensibles al calor y sabemos que las interacciones entre moléculas complejas dependen de las cargas eléctricas residuales a nivel de cada uno de los átomos. Por ello, el calor suministra no solamente la agitación de las moléculas que vie-

Ese poder de informar lo inerte es propio de todos los constructores, es común a todos los que crean.

El escultor, por ejemplo, hace emerger la estatua cincelando la piedra o modelando el barro, según el material que escoja. E, igualmente, el ser vivo ordena, según sus leyes, los elementos que le rodean, y los conforma a su imagen.

Es cierto que la reproducción de una célula viva es infinitamente más delicada que la de una efigie, pero para conseguirla se sigue el mismo método.

Entre la estatua y el molde, y entre el molde y la réplica, existe en cada instante una cierta contigüidad de materia, pero lo que se reproduce no es el material, que varía a capricho del refundidor, sino la forma impresa por el genio del escultor. Así, en los seres vivos, los elementos celulares son reproducidos fielmente modelando las moléculas nuevas de estricta conformidad con las primeras instrucciones.

Como en ese caso se trata de captar la materia en su grado más tenue, es necesaria una precisión extrema y la miniaturización de las instrucciones de vida llega a desconcertar a nuestro entendimiento.

Todas las cualidades de cada individuo, el color de sus ojos, su corte de cara, o cualquier otro rasgo personal, se encuentran ya inscritos genéticamente en las largas moléculas de los ácidos nucleicos.

Esos ínfimos filamentos, si se desenrollaran y pusieran uno a continuación de otro, medirían un metro de largo. Pero están tan fina-

---

nen a dilatarse delante de los orificios de la criba que son los contornos específicos de las proteínas encimáticas, sino que al mismo tiempo afina la especialidad de esas zonas que permiten asociaciones transitorias tales que, siendo imposibles las arquitecturas en un régimen de estabilidad, puedan ser constantemente construidas y disociadas. Así se explica la mecánica encimática y todos los procesos de síntesis biológica, que no violan en manera alguna las leyes de la termodinámica, sino que efectúan unas reacciones improbables durante el breve instante en el que el reparto de la energía las hace momentáneamente posibles.

Otro medio sencillo de detener esas interacciones es rarificar el agua, ese fluido indispensable para el juego de las moléculas, como sucede con las esporas de las bacterias, las semillas de las plantas o las células desecadas por liofilización.

mente encadenados en minúsculos rollos, en esos cromosomas que vemos en el microscopio ordinario, que se ordenan en un núcleo que podría colocarse en la punta de una aguja.

Y, sin embargo, gracias a ellos, ese núcleo primitivo, el del óvulo fecundado, contiene toda la información del hombre que inicia su desarrollo.

Para comprender mejor esa admirable pequeñez, digamos que si se recogieran todas esas tablas de la ley de la vida, que habrán de definir exactamente a cada uno de los cuatro millares de millones de hombres que nos sustituirán en este mundo, su cantidad de materia no llenaría más de un dedal.

Peró limitar la vida a esa codificación, por prodigiosa que sea, sería una grave omisión.

Los virus, por ejemplo, poseen una codificación que define enteramente los elementos que los componen, ácidos nucleicos y proteínas que les rodean. Sin embargo, si bien esos pequeños organismos pueden transferir pasivamente diversas informaciones genéticas de una célula a otra, en cambio no saben reproducirse. La bacteria que los alberga les presta su saber hacer, y es ella quien los reproduce.

Así resulta que la información de los virus, o la de los cromosomas, es comparable a la banda magnética sobre la cual toda una sinfonía se encuentra registrada. Pero para restituirla en sonido es necesario un aparato de lectura que pueda poner en contacto ese documento en que ha sido fijada.

La célula primitiva, el huevo fecundado, provisto de 23 cromosomas llevados por el espermatozoide del padre y de los 23 cromosomas aportados por el óvulo de la madre, contiene, así, todo su programa. Pero la célula entera está equiparada para vivirlo, y cada célula que sale de sucesivas divisiones desarrolla fielmente los diversos movimientos de esta sinfonía, común a todos los hombres y propia de cada uno de ellos, que en cada versión, única e irremplazable, se llamara más tarde Pedro, Pablo o Magdalena.

\* \* \*

Descifrando así la escritura de la vida, vemos hoy en día imbricarse paneles enteros de conocimiento que antaño parecían totalmente separados.

La estructura de lo vivo nos ofrece la síntesis que abarca desde la disimetría de las moléculas codificadas al ingenioso duende que imaginaba Maxwell para separar las partículas. La materia informada ordena la energía y, por ello, lo viviente conforma el azar a sus propias necesidades.

De esta manera, la biología más determinista, la menos hipotética y la más objetiva, llega a descubrir ese logos encarnado, esta forma de la materia a la cual modela y da vida.

Pero, ¿cómo es posible que esta convergencia permita que la inquietud alcance tal grado que nuestra generación llega a vacilar y hasta preguntarse acerca de su propia naturaleza?

¿Acaso ese poco de ciencia nos ciega al deslumbrarnos hasta obligarnos a cerrar los ojos?

¿O, acaso nuestra razón, por un ansia de poder, quiere arrastrarnos hacia unos panoramas que no osamos contemplar?

¿O bien, nuestro ángulo visual es tan cerrado que no entrevemos sino un minúsculo aspecto de la verdad?

Estas posibilidades merecen atención.

De nuestros conocimientos fragmentarios surge una pregunta turbadora: ¿es inteligible el mundo biológico? Ciertamente tiene sus leyes; pero éstas, ¿están dictadas por un plan que las unifica? Como sea que la experiencia resulta impotente para dar respuesta, algunos han dado por supuesto que este mundo es incoherente. Al no hallar sino caminos de los cuales desconocemos el objetivo y al no encontrarles ningún sentido, no somos capaces de ver designio alguno reflejado en ellos.

En esta perspectiva, las formas de la vida se catalogan sencillamente según la hipótesis de escuela que es familiar a todos los estudiantes.

De lo imprevistas que resultan las mutaciones, es decir, esos errores de copia en la estructura de los genes, y dado el estrecho margen que tienen las condiciones de su supervivencia, se saca esta constatación: la selección natural, al cribar en unas variaciones ciegas, ha hecho evolucionar progresivamente las formas hasta tal punto que en una de ellas ha podido llegarse hasta formar el espíritu.

La evidente ventaja de esta teoría radica en que, sin explicar nada,

remeda el proceso de lo vivo remitiendo al azar todas las explicaciones que nos son indispensables.

Pero esto equivale a jugar a la ciencia, que, por muy imperfecta que sea, no deja, sin embargo, de tener su perspectiva puesta en la realidad.

Si nuestra inteligencia no es sino una hechura, tan sólo el resultado del encuentro coincidente de diversos acontecimientos, ¿cómo podrá entenderse que abarque el universo, aunque sea imperfectamente?

Las leyes del pensamiento lógico de ninguna manera son convencionales, ni modificables a nuestro gusto, ni son medios de acción obtenidos de la experiencia, ni tampoco prejuicios inculcados desde la infancia. Nos son dados al nacer, como lo comprobamos fácilmente con cuanto nos enseña la observación de los animales.

Escuchad la llamada del grillo, ese alegre crujido de las hermosas noches de verano; es una melodía estrictamente genética. Algunas células nerviosas, en un punto muy determinado, custodian un ritmo seguro, claramente definido, y dan a cada variedad su acento personal. Los cruzamientos dirigidos entre troncos diferentes permiten prever las cualidades del canto, y la hembra virgen que no ha oído todavía nunca esta llamada, reconoce desde el primer instante el de su raza. Es un embrión de lenguaje y de comprensión enteramente recibido.

Más sorprendente es aún el pez torpedo que explora el medio marino por medio del eco que el mismo produce con descargas eléctricas y que a su vez escruta. Si uno de sus congéneres está próximo explorando los mismos parajes, el pez cambia bruscamente su longitud de onda para evitar la interferencia. Y este efecto, digno de la más refinada electrónica, depende de unas neuronas de las que se halla provisto, y de ahí nuestra certidumbre de que este esbozo de comunicación también le es dictado por su patrimonio genético.

Por medio de este reconocimiento de la herencia en los comportamientos, los etólogos han conseguido sus éxitos más recientes que les han permitido interpretar las señales emitidas por los animales. La danza de las abejas y la algarabía de los gansos, o la pantomima

de los peces, revelan este algo innato, ya hecho lógico y coherente, que permitirá el aprendizaje, pero que le precede absolutamente.

En el caso del hombre, el análisis es menos elemental porque la neurología no ofrece esas precisiones. Sin embargo, todos sabemos que las tres dimensiones que delimitan nuestro espacio están materializadas en los canales semicirculares del órgano del equilibrio. No es posible dejar de tener en cuenta el hecho de que la revolución cartesiana, al descubrir un espacio de puntos definidos por sus distancias recíprocas, en un sistema coordinado, venía a considerarlo prefigurado desde el principio por la estructura de la retina y los cables nerviosos que ponen a las células sensibles en relación con la luz, por los conos y bastones. De donde resulta que la idea de distancia entre puntos ha precedido a la línea recta y el análisis de las figuras ha precedido a su definición.

La comprobación lógica, tan cara al científico, sin duda también es heredada, no solamente por tradición, sino incluso genéticamente.

Por ejemplo, el electrónico que al programar su ordenador construye un circuito de análisis y lo pone en acción bloquea con su construcción todo circuito análogo, remedando así a esa joya de la lógica que consiste en la imposibilidad de ser y no ser a la vez una misma cosa.

Pero, ¿cuál de esos dos circuitos remeda al otro?, ¿el del cerebro al de la máquina? o ¿el de la máquina al del cerebro?

Así, punto por punto, la biología descubre que los primeros principios son las leyes de la naturaleza, y que los postulados que permiten que haya ciencia, esas evidencias lógicas que no se demuestran, no son sino una toma de conciencia de los hallazgos de la vida.

Si estos felices hallazgos dotan a nuestra inteligencia del extraordinario poder de analizar el mundo, el postulado del que no podemos partir es del de la incoherencia.

Ciertamente, el conocimiento se extrae de lo real. La realidad tiene razón contra las teorías más elaboradas, y por esta razón estas son incesantemente reelaboradas. Es evidente que el instrumento del análisis ha de tener necesariamente alguna relación con el objeto analizado.

En una palabra, para que el hombre haya podido construir los

vehículos y calcular las trayectorias que un día le han permitido ir a la luna, e incluso volver, ha sido necesario que existiera una cierta connivencia entre las leyes del cielo y las de su intelecto.

\* \* \*

Queda por saber cómo esta inteligencia llega a los hombres y no a los chimpancés.

No hace aún veinte años, nadie habría sabido distinguir una célula de hombre de una célula de mono. *Uistiti* potenciado o gorila amansado, el hombre podía ser considerado en aquella época como el heredero afortunado de una forma desconocida, lograda mediante un gran número de felices mutaciones afortunadamente acumuladas.

Desde hace unos dos años, al afinarse considerablemente el análisis de los cromosomas, si bien encontramos entre esa especie un cierto aire de familia, sin embargo, junto a ciertos cromosomas que parecen idénticos, observamos unas diferencias determinantes de su disparidad.

Puede esbozarse ya una primera comparación, aun prescindiendo de las variantes que seguramente existen en los genes en número muy grande, pero que ciertamente se hallan fuera de nuestros medios de detección.

Si asimilamos las instrucciones de los genes a las definiciones del diccionario, y si comparamos los cromosomas con los tomos de esa enciclopedia, entonces, siguiendo el simil, observaremos que las mayores diferencias resultan de la disposición de la obra. Pasajes enteros cambian de contexto y en muchos parece que se lee lo contrario. Capítulos enteros, que en el mono están separados, en nosotros se leen de un tirón.

En cuanto podemos juzgar, la diferencia está constituida por el orden de exposición más que por la letra del texto; y la famosa expresión de Buffon, "el estilo es el hombre", parece la premonición de un biólogo, más que un recurso de escritor.

Del mismo modo como esos cambios cromosómicos constituyen la barrera genética que separa unas especies de otras, tal como sucede entre el burro y el caballo cuyo híbrido no puede procrear, así



también esas diferencias imponen unas etapas sucesivas, unas especies intermedias, como por otra parte hace mucho tiempo que nos ha sido demostrado por la paleontología. Algunos indicios permiten ya pensar que esos cambios están favorecidos por las estructuras cromosómicas preexistentes y que pueden reaparecer en diversas líneas, conforme unas leyes que desconocemos todavía.

Así, lejos de progresar lentamente por modificaciones apenas perceptibles, los seres vivos evolucionan a saltos, pero a saltos que constituyen verdaderos golpes de genio.

¿Cómo se forma una especie?

La respuesta es fácil darla para ciertos vegetales, pero nos resulta imposible actualmente respecto de los animales.

El razonamiento demuestra que la novedad decisiva, que aparece una sola vez, no tiene ciertas posibilidades de constituirse si no es entre unos elementos, en número extraordinariamente reducido. La más estrecha consanguinidad resulta aquí necesaria y la hipótesis de una pareja originaria única forma íntegramente parte del conjunto de soluciones.

Entre los vegetales, por ejemplo, todas las especies recientemente fabricadas lo han sido mediante este artificio. Construyendo un híbrido entre dos líneas diferentes, duplicando sus cromosomas por un medio químico que bloquea su separación, se obtienen de un solo sujeto unas células masculinas y unas células femeninas cuyo cruce, hecho fértil, produce a partir de un individuo una especie nueva.

En los animales superiores la separación de los dos sexos se opone a esta separación.

Sin embargo, en nuestra misma especie, la patología suministra una curiosa indicación. Dos gemelos nacidos de un mismo huevo son, en general, estrictamente idénticos; una misma naturaleza ha sido separada en dos personas distintas. A veces sucede, aunque muy excepcionalmente, que a partir de un huevo fecundado masculino, portador de los cromosomas X e Y, se forman dos gemelos, de los cuales uno persiste en su devenir de chico, mientras que el otro se desarrolla en forma de chica imperfecta, por faltarle el haber recibido el cromosoma. Esto determina la masculinidad. Una mujer semejante, verdaderamente surgida de un fragmento de su hermano, es incapaz

de procrear. Su constitución, que no lleva más que un cromosoma X, no le permite el desarrollo de los ovarios; pues son necesarios dos X para el desarrollo de la femineidad.

No obstante, en los ratones, una hembra así es fecunda, y se podría conjeturar que si el huevo primitivo hubiera llevado por añadidura un remanente de cromosomas que impidiera todo cruce de retorno con la especie parenteral (son conocidos accidentes de este tipo), el macho y la hembra surgidos de ese cruce, corresponderían bastante bien al artificio de la autofecundación que utilizan los botánicos cuando inventan nuevos vegetales.

Es demasiado pronto para emitir juicio acerca de estas consideraciones porque todavía no ha podido someterse a la comprobación de la experiencia.

Pero, pese a que ese mecanismo evoca intensamente una historia muy venerable, sería peligroso construir imaginariamente a partir de él una nueva concordancia, por la potísima razón de que las teorías pasan y lo verdadero permanece.

\* \* \*

Lejos de desconcertarse por los recientes progresos, el investigador, al notar unas analogías tan llamativas y unas coincidencias tan desconcertantes, experimenta el sentimiento de que en su gestión llevada a tientas, obstinada, siempre reemprendida, quizá realiza un rodeo demasiado grande, pero que sin embargo no se halla en una falsa ruta.

Mas si pretende arrogarse el temible poder de arbitrar el destino de los hombres, entonces pone en duda su directriz.

Podemos hacer peligrar ese mensaje de vida que informa nuestra especie.

Numerosísimos productos químicos y, entre los agentes físicos, esos flujos de partículas de alta energía que son los rayos X y las radiaciones del átomo, pueden alcanzar a los genes, modificar su estructura y provocar mutaciones. El poder atómico, incluso usado con fines pacíficos, inclusive medicinales, y no digamos si es usado para la guerra, constituye un riesgo para los seres vivos. Si ya ha dobla-

do el último cabo de la juventud, el organismo aún puede compensar ciertos deterioros sustituyendo las células desgastadas; pero cuando los descendientes reciben un mensaje descompuesto, ya no pueden restablecerlo. Ese terrible y maravilloso espíritu de Promoteo, que domestica el fuego de las estrellas, no debe jamás hacernos olvidar que nuestra generación es la única depositaria de un patrimonio inalienable, el de los niños venideros.

¿Quién protegerá a estos hombres futuros? ¿Les abandonaremos para liberar a sus padres? Su vida ha sido puesta a debate. Según sean concebidos hermosos o contrahechos, esperados o no deseados, ¿podrían ser rechazados por el juicio de los tribunales?

En el vientre de su madre, el hombre es inconfundible antes de los dos meses. Y la naturaleza no se confunde.

En algunos mamíferos inferiores, la regla es el rechazo precoz. En los grandes kanguros, cuyo desarrollo es comparable al nuestro en duración y dimensiones, el embrión se forma a las cinco semanas. ¿Quién reconocería en ese bichito a un pequeño kanguro? ¿Quién? Su madre. Es el único animal que ella soporta en su bolsa marsupial, en la cual se perfeccionará durante seis o siete meses.

Si la hembra de kanguro posee, inscrita en su escaso seso, esta protección al humilde, o al indefenso, quién pensaría que una naturaleza madrastra haya omitido imprimir en el corazón de las mujeres un amor al pequeño y haya descuidado suministrar al cerebro de los biólogos la facultad de reconocer la humanidad de los concebidos?

Si se considera el latido del corazón como la señal de la vida, hay que remontarse a los veinticuatro días. Y si debemos referirnos a la esencia de la naturaleza humana, hay que remontarse al momento preciso en que toda la información indispensable y suficiente se encuentra reunida para decidir que un nuevo ser comienza a existir.

Ciertos tribunales no ven esta suprema evidencia. Ante su extraño veredicto, los defensores de la vida, que se encuentran en el banquillo de los acusados, sienten en ellos el grito que se atribuye a Galileo, que deslumbra a los jueces y zanja el debate: "*¡E pur si muove!*".

El apetito de poderío y la sed de actuar también pueden desfigurar la ciencia dándole una fisonomía terrible.

Tales pasiones no son nuevas, pero quienes hoy día las sufren son sabios meticulosos que creen actuar en conciencia. Hasta tal punto, a veces, la razón sufre unas enajenaciones que el corazón no podría soportar.

\* \* \*

Ahí radica nuestra ignorancia. Al lado de la inteligencia hay otra ley de vida, esa oscura bondad que viene del fondo de los tiempos, ese sentimiento confuso que agita el corazón.

Cuando Lorentz descifraba mediante un paciente trabajo los sentimientos de los animales, su afecto por los semejantes, ¿no le acercaba acaso a aquel hombre vestido con un sayal que recorría los caminos de Umbría hablando con los pájaros?

Esa otra realidad que alcanzan los niños, que buscan los poetas, los amantes y los místicos, es, pues, también nuestra herencia. Y es preciso que nos sea revelada.

El inmenso despliegue del árbol de la ciencia que cubre a la humanidad no debe escondernos la luz. La necesitamos; debemos ver claro, porque ese árbol de la ciencia lleva indistintamente frutos buenos y malos y estamos obligados a escoger.

\* \* \*

Para responder a vuestra solicitud, he intentado, Santísimo Padre y muy venerados Padres del Sínodo, examinar los títulos de esta mansión carnal de la que somos herederos.

Desde la criba de partículas hasta la organización del ser viviente, desde la materia informada hasta la encarnación de la inteligencia, de la fraternidad biológica de los hombres, del amor al prójimo, se impone una idea lancinante, ineluctable, porque está inscrita en lo más profundo de nuestro ser, es una formulación nueva que conocemos a ciencia cierta, paráfrasis poco hábil de una buena nueva:

Al principio hay un mensaje.

Ese mensaje está en la vida.

Ese mensaje es la vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

*Pensées*, por Blaise Pascal.

*The Neurobiology of cricket song*, David Bentley y Ronald H., hoy *Scientific American*, 1974, vol. 231, págs. 34-44.

*Neuronal analysis of wave form in the time domain: Midbrain units in electric fish during social behaviour*, H. Scheich. «*Sciencie*», 1974, vol. 185, págs. 365-367.

*Evolutions caryotypiques de l'homme et du chimpancé. Etude comparative des bandes après dénaturation ménagée*, Lean de Grouchy, C. Turleau, M. Robin y M. Klein, «*Annales de génétique*», 1972, vol. 15, págs. 79-84.

*Comparaison de la structure fine des chromatides d'Homo sapiens et de Pan troglodytes*, Jérôme Lejeune, Bertrand Dutrillaux, Marie Odile Réthore, Marguerite Prieur, «*Chromosoma*» (Berl.), 1973, vol. 43, págs. 423-444.

*Il parlait avec les mammifères, les oiseaux et les poissons*, Conrad Lorentz, 1973, Flammarion editeur.

## “CONTEMPLACION Y ACCION”

(Actas de la XI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, Madrid, Residencia del Pilar, 8, 9 y 10 de diciembre de 1972).

PALABRAS INICIALES DE LA XI REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA, por *Germán Alvarez de Sotomayor*.

LA CONTEMPLACION COMO FUNDAMENTO DEL SABER. MARTA Y MARIA, por *Michele Federico Sciacca*.

MISTICA Y COMPROMISO, CARENTES DE CONTEMPLACION, por *V. Lamsdorff-Galagane*.

AMOR Y CONTEMPLACION EN LA POESIA HISPANICA, por *Gabriel de Armas*.

SENTIDO CRISTIANO DE LA ACCION, por *Rafael Gamba*.

DEL LEGISLAR COMO “LEGERE” AL LEGISLAR COMO “FACERE”, por *Juan Vallet de Goytisolo*.

LA ECONOMIA DE LA ACCION PURA (EL PRECIO DEL BIENESTAR), por *José María Carballo Fernández*.

FORTALEZA Y VIOLENCIA, por *Estanislao Cantero*.

NUESTRA ACCION, por *Francisco José Fernández de la Cigüña*.

184 págs.

160 ptas.